



Redención
Adrian Blake

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Título original: Redención

© 2016 Adrian Blake

Diseño de Portada: Gema Millanes

Corrección: Lorena Porcel

Maquetación: Gema Millanes

A todas aquellas que habéis seguido a Derek desde el principio hasta el fin. A las que habéis reído, llorado y suspirado con esta historia.

A las que me habéis apoyado siempre, sin importar quién sea, preocupándoos en todo momento por hacerme sentir mejor.

A todas mis diablillas... un millón de gracias. Este libro va dedicado a vosotras en exclusiva.

Capítulo 1

Llevo dos semanas siendo un hombre nuevo, y todo se lo debo a ELLA, a ese momento que en un principio creí nefasto: el instante en el que le pedí matrimonio.

La llevé a cenar a mi restaurante favorito, ese al que la llevé una vez, cuando solo quería pasar un día con ella. Quería causarle buena impresión, y la verdad es que lo conseguí. Estaba muy nervioso, no recuerdo haber estado así nunca. Gabrielle estaba espectacular, como siempre. Cenamos un menú sencillo, una ensalada y pasta. Apenas probé bocado, los nervios me cerraron el estómago.

Ella sonreía y me miraba con picardía, pero yo estaba demasiado concentrado en la tarea que tenía pendiente, demasiado enfrascado en mis pensamientos para darme cuenta de esa mano traviesa que subió por mi pierna.

—Tranquila, gatita traviesa —susurré en su oído al quitarle la mano—. Aún queda mucha noche por delante.

Ella rió y continuó comiendo en silencio. Yo me conformé con mirarla, con deleitarme con sus pequeños gestos, sus miradas y sus sonrisas mientras hablábamos de cosas banales. Estaba tan absorto en el movimiento de su boca que no me percaté de que su mano volvía a acercarse a mi entrepierna, y me sobresalté derramando el vino por toda la mesa.

—¡Joder! ¡Qué torpe soy! —mascullé entre dientes.

Gabrielle soltó una carcajada que reverberó por todo mi cuerpo. Me limpié como pude con la servilleta, y cuando el camarero recogió todo el desaguisado me apoyé en la mesa y la miré travieso.

—Me las vas a pagar, preciosa. He hecho el ridículo por tu culpa, y voy a vengarme.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas a vengarte? —preguntó coqueta.

—Cuando estés desnuda en mi cama lo descubrirás.

—Estoy deseando que llegue ese momento.

Continuamos cenando en silencio. Compartimos el postre, aunque lo que realmente me apetecía era tumbarla sobre la mesa, untar el mouse de chocolate sobre su cuerpo y lamerlo hasta que sus gemidos me volvieran loco de deseo.

Poco después paseamos por las calles de la ciudad. Disfruté mucho de ese paseo. La mimé todo lo que pude, incluso le regalé una rosa que nos ofreció un vendedor ambulante. Nunca he sido romántico, ni me han importado estos detalles, pero con ella siento la necesidad imperiosa de tenerlos, si me lo pidiera le bajaría las estrellas. Cuando llegamos a la plaza un músico callejero tocaba a ritmo de Blues.

—Princesa, ¿me concedes este baile?

Sin esperar respuesta, acerqué su cuerpo al mío y comencé a mecernos al compás de la música. Nos dejamos llevar mucho tiempo, mirándonos a los ojos, compartiendo sonrisas y besos, sin preocuparnos del paso del tiempo.

Cuando llegamos a la puerta de su casa, los nervios hicieron que me marease, pero no podía echarme atrás cuando todo había salido perfecto, así que inspiré hondo y le abrí mi corazón... y mi alma. Ella me escuchaba con los ojos como platos, las lágrimas rodaban por sus mejillas... pero no obtuve la respuesta que esperaba.

—Derek... te quiero como jamás he querido a nadie, pero... pero no puedo casarme contigo... todavía.

Su negativa amenazó con destruirme. Sentí como mi corazón se rompía en mil pedazos y mi alma quedaba destrozada.

—Entiendo —dije alejándome de ella, pero me sujetó de la muñeca para impedir que me marchase.

—No, Derek, no lo entiendes —El roce de su mano en mi mejilla fue como bálsamo para mis heridas—. Estoy enamorada de ti y quiero estar contigo, pero aún es demasiado pronto para embarcarnos en un compromiso.

—¿Pronto? —pregunté ofuscado—. Estoy enamorado de ti y tú me correspondes. ¿Para qué esperar?

—¡No nos conocemos! Desde que nos vimos por primera vez hemos estado más tiempo separados que juntos. Necesitamos pasar tiempo juntos, conocernos, y averiguar si somos compatibles.

—No tengo ninguna duda de que lo somos, Gabrielle.

—¿Puedes hacerlo por mí? Guarda el anillo y vuelve a pedírmelo cuando nos conozcamos mejor. Por favor...

—¡Está bien, maldita sea! ¡Esperaré!

—Gracias, cariño —susurró un segundo antes de unir su boca a la mía.

Aunque soy adicto a sus besos, ese beso me supo muy amargo. No entendía sus motivos, y o la quería con toda mi alma y estaba seguro de que quería pasar el resto de mi vida con ella. ¿Por qué ella no lo tenía tan claro?

—Quédate conmigo, Derek —susurró cuando separó su boca de la mía.

—Nena... no estoy de humor. Dejémoslo para otro día, ¿de acuerdo?

—Derek... Por favor... Solo dormir...

—Gabrielle, no...

Pero las palabras no consiguieron salir de mi boca. Sus labios se unieron a los míos de nuevo, y esta vez no era un beso inocente, ni mucho menos. Sus manos recorrieron mi espalda y mi culo, tentándome, provocándome como solo ella sabe hacer, y casi sin darme cuenta me vi de pie a los pies de su cama.

—Gabrielle...

—Solo dormir Derek. Te lo prometo.

Me desnudé, quedándome solo con los bóxers, y me metí bajo las sábanas. Gabrielle apareció poco después enfundada en un pijama de seda que dejaba muy poco a la imaginación. Se me secó la boca solo con verla. Esa mujer es capaz de excitarme con solo una mirada, y su cuerpo envuelto en seda es un caramelo que me encanta desenvolver y saborear.

Gabrielle se arrebujó bajo las mantas y acercó su cuerpo al mío, abrazándome, colocando su cabeza en el hueco de mi brazo y suspirando satisfecha.

Yo no pude pegar ojo. Me pasé toda la noche luchando con el deseo de arrancarle la ropa y hacerla mía, marcarla a fuego para que recordase a quién pertenecía. Las horas pasaban en el reloj de la mesita de noche, y yo seguía sin comprender su negativa.

Las luces del alba entraban por la persiana medio cerrada cuando logré coger el sueño. Me desperté a mediodía gracias a las caricias de la mano de mi novia en el pecho. Sin abrir los ojos atrapé su mano entre las mías y sonreí cuando intentó liberarla sin éxito.

Cuando abrí los ojos y la miré, supe que jamás podría resistirme a ella. Haga lo que haga, siempre conseguiré de mí lo que le venga en gana, aunque eso sea mi perdición. Ella es la dueña de mi corazón, de mi alma y de mi cordura.

Dejando a un lado mi frustración, la tumbé en la cama despacio y empecé a recorrer su cuerpo con mi boca, con mis manos, con mi lengua. Sus gemidos de placer me encendían, me animaban a seguir explorando. Cuando mi lengua rozó su pezón por encima de la seda, un gemido incomprensible salió de sus labios.

La desnudé lentamente, dejando toda su piel al descubierto, pasando las yemas de mis dedos por cada porción de su cuerpo que dejaba a la vista. Ella se retorció, gemía, se arqueaba buscando más caricias. Pero simplemente la rocé durante lo que me parecieron horas.

—¡Derek, por dios, tócame! —gritó de repente.

Sonreí y posé mi boca en el hueco de su cuello, donde succioné despacio marcando su piel. Continué bajando lentamente, y cuando mi boca estuvo a menos de un milímetro de su pezón soplé suavemente. La cresta rosada se endureció al momento, y cuando mi lengua la tocó Gabrielle gimió extasiada.

Mis manos bajaron por su estómago para enredarse en los suaves rizos de su sexo, y uno de mis dedos encontró su clítoris, ya hinchado. Alterné mis caricias en su clítoris con lametazos en su pezón, y Gabrielle se convulsionó entre mis brazos en su primer orgasmo del día.

—Buenos días, preciosa —susurré junto a su boca.

—Te quiero, Derek.

Sus palabras me llegaron directas al alma. La garganta se me cerró por las lágrimas contenidas, sentí como mi corazón volvía a recomponerse poco a poco, y no pude reprimir el impulso de abrirle las piernas y enterrarme en su interior.

—Yo también te quiero, preciosa.

Mis caderas comenzaron a moverse lentamente, y mi boca se apoderó de la suya. Nuestras lenguas bailaron juntas, nuestras manos se enredaron en el otro, y mi polla bombeó dentro de ella hasta que juntos llegamos al orgasmo.

Sin salir de ella continué besándola largo rato. Sentir sus manos enredadas en mi pelo calmó mi alma atormentada por su negativa.

—Esperaré, Gabrielle. Esperaré y te convenceré de que soy todo lo que necesitas.

Dicho esto, me levanté de la cama, y tras vestirme y saborear su boca un momento más, me marché a casa para pensar en todo lo ocurrido más tranquilamente.

Dos horas después estaba en casa de Evan, tirándome de los pelos. No pasaron ni diez minutos antes de que empezase a pasearme por el salón como un león enjaulado intentando descubrir qué le faltaba a Gabrielle para entregarse a mí por completo.

Cuando llegué a casa de Evan y le comenté mis dudas y mis miedos, simplemente se rió. ¡El muy cabrón se rió!

—No le veo la gracia, Evan —repliqué malhumorado.

—¿Pero tú te estás viendo, Derek? ¡Hace una semana que la has recuperado, por amor de Dios!

—¿Y eso qué tiene que ver? Llevamos casi un año conociéndonos. No es tan descabellado pedirle matrimonio.

—A ver Derek... Gabrielle lo ha pasado muy mal en esta relación. La has tenido girando en una ruleta rusa, y ahora no puedes pretender que se case contigo solo porque se lo has pedido. Dale tiempo para ver que has cambiado y que no vas a volver a hacerle daño, macho. Déjala respirar un poco.

—¿Respirar? ¿Crees que la estoy agobiando?

—Sinceramente, creo que un poco sí. Pasa tiempo con ella, haced cosas juntos, y cuando pasen un par de meses, o tres o cuatro, vuelve a pedirle que se case contigo.

—Me estoy comportando como un auténtico gilipollas... otra vez, ¿verdad?

—Digamos que estás haciendo el imbécil. No llegas a gilipollas... todavía.

—¡Menos mal! —contesté con ironía.

Las palabras de Evan me hicieron recuperar la cordura y plantearme seriamente mis prioridades. Ahora sé que antes de volver a pedirle que sea mi mujer tengo que convencerla de que el cambio es real, de que no voy a irme a ninguna parte ni voy a hundirme cuando las cosas no vayan todo lo bien que deberían. Tengo que convencerla de que soy un hombre nuevo.

Capítulo 2

Hoy es uno de esos días en los que me gustaría mandarlo todo a la mierda y meterme en la cama con Gabrielle. Está lloviendo a mares, he llegado tarde a trabajar gracias a un atasco de cojones y, por si eso fuera poco, tengo que ver en una hora a Joshua Simmons y, por ende, a su mujer.

Llevo sin ver a Marguerite Simmons desde la fatídica noche en la que hice creer a Gabrielle que la estaba engañando con ella, y no sé cómo enfrentarme a esta situación, la verdad. Lo primero que he hecho esta mañana ha sido informar a Gabrielle de la cita, no quiero que por esta tontería volvamos a tener problemas. Creo que no le ha hecho mucha gracia, pero sabe que el señor Simmons es mi mejor cliente, así que no ha dicho nada.

Media hora antes de la reunión recibo un mensaje de la dueña de mis pensamientos.

Suerte en la reunión. Te quiero

Sonrío porque sé que está preocupada, nerviosa e insegura debido a lo que pasó la otra vez, así que la llamo al momento para tranquilizarla.

—Hola cariño, ¿Qué tal estás?

—Aburrida —contesta tras un largo suspiro—. La tienda hoy está muerta, con tanta lluvia la gente no se anima a salir.

—¿Y por qué no cierras la tienda, coges un taxi y te vienes para acá? En cuanto termine la reunión te invito a comer.

—No sé, Derek... no quiero molestarte...

—Nena... no digas estupideces. Le diré a mi secretaria que me avise en cuanto llegues para acortar la reunión... me muero de ganas de verte.

—Está bien... cierro y voy para allá. Hasta ahora.

—No tardes, cielo. Te quiero.

—Y yo a ti.

En cuanto cuelgo, salgo para hablar con Cristen, mi nueva secretaria, para que me avise de la llegada de Gaby.

—¿Se le ofrece algo, señor Lambert?

—Sí, venía a hablar contigo, Cristen. Y ya te he dicho que me llames Derek.

—Prefiero conservar el formalismo, si no le importa. Gajes del oficio.

—Como quieras, entonces —contesto sonriendo. Esta mujer es demasiado formal.

—Usted dirá.

—En una media hora llegará mi novia, Gabrielle Lewis. Cuando llegue avísame inmediatamente para terminar la reunión con el señor Simmons, por favor.

—Por supuesto, señor Lambert. ¿Alguna cosa más?

—Te pediría que echases matarratas en la bebida de la señora Simmons, pero sé que tu moral te lo impide, así que eso es todo —digo con un guiño.

Me alejo con la carcajada de mi secretaria haciéndome sonreír a mí también. Diez minutos después Cristen me avisa de que Joshua Simmons me espera. Me extraña

que no venga con Marguerite, es una puta lapa pegada al culo de su marido millonario.

—Buenas tardes, Derek —dice Joshua estrechándome la mano—. ¿Qué tal te va todo?

—No me puede ir mejor, Josh. La verdad es que estoy en mi mejor momento.

—Me alegro... me alegro. Te mereces todo eso y más.

Necesito acortar la reunión todo lo posible, así que haciéndole una seña me acomodo en mi sillón.

—Tú dirás, Josh. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Vengo a pedir el divorcio.

Sus palabras me dejan estupefacto. Después de tantos años aguantando a Marguerite, ¿a qué viene esto ahora?

—¿El divorcio? —pregunto.

—Exactamente, Derek. Hace mucho tiempo que no hablamos, y desde que me sacaste de la cárcel soy un hombre nuevo. Me he apuntado a Alcohólicos Anónimos, y estoy siguiendo un tratamiento para dejar la bebida.

—Me alegro mucho por ti, Josh. Es un gran paso que debías de haber dado mucho antes.

—Cierto. Ahora me doy cuenta de cosas que antes no veía. Marguerite me engaña, Derek. Me engaña con todos los tíos que tienen el estómago suficiente para follársela. También sé que intentó propasarse contigo, y lo siento.

—Josh, no...

—Sé que tú no has permitido que lo haga, y te lo agradezco. Pero no pienso mantener a sus chulos con mi dinero.

—Se va a poner difícil. Lo sabes, ¿no?

—Me decepcionaría si no lo hiciera —dice sonriendo con petulancia—, pero cuando nos casamos le hice firmar una separación de bienes absoluta, así que no tiene por dónde cogerme. Ella ha vivido mantenida por mí durante todo nuestro matrimonio, así que no tengo nada que perder.

Joshua me da una carpeta llena de documentos. Tras echarle un vistazo, veo una lista de bienes, fotocopias de sus documentos de identidad, el registro de la casa, y cosas por el estilo.

—Confío en que no se me haya olvidado nada —continúa mi cliente—, pero siempre puedes llamarme para pedirme lo que necesites. Por cierto, también va mi nueva dirección, me mudé hace una semana.

—Esta tarde me pongo a ello, y en cuanto tengamos fecha de juicio te llamo.

El pitido del intercomunicador de Cristen pone fin a la reunión.

—Su mujer está aquí, señor Lambert —se oye la voz de mi secretaria.

—Gracias, Cristen. Ahora mismo salgo.

—Vaya, vaya... Así que te has casado, ¿eh, granuja? —dice Joshua sonriendo.

—Aún no, Josh... estoy en ello. Pero te aseguro que será con ella con quien lo haga —contesto seguro de mí mismo.

—Enhorabuena, hombre. Me alegro de que hayas conocido a la mujer adecuada.

—Discúlpame un segundo.

—Solo si me la presentas.

Tras sonreírle, me dirijo a la puerta y veo a Gabrielle apoyada en el escritorio de Cristen, hablando con ella relajada. El corazón me da un vuelco en el pecho, siempre que la veo me pasa lo mismo, es mi sueño hecho realidad, solo mío. Me acerco a ella despacio y la agarro de la cintura para unir mis labios a los suyos en un beso casto.

Entro en combustión inmediata, sus manos se enredan en mi nuca y me devuelve el beso con ternura. Su olor inunda mis fosas nasales y mi cuerpo se relaja.

—Hola preciosa. Te he echado de menos.

—No seas exagerado. Solo hace unas horas que me dejaste en la floristería —responde riendo.

—Unas horas son demasiadas. Ven.

Entro en mi oficina enredado en su cintura, y ella se para en seco cuando ve a Josh.

—Lo siento, no sabía que estabas aún reunido —dice compungida.

—No importa, nena. Quiero presentarte a Joshua Simmons, mi mejor cliente. Josh, esta es la mujer que me ha robado el corazón, Gabrielle Lewis.

—No me extraña que te haya robado el corazón, Derek —dice Joshua acercándose a estrecharle la mano—, es preciosa. Encantado de conocerte, Gabrielle. Cuida a mi abogado, tiene que durarme muchos años.

Ella sonríe y asiente, pero no dice nada. Me encanta verla tan cohibida... si pudiese le sacaría los colores, pero tengo que ser profesional.

—Bueno —dice Josh—, debo irme. Espero esa llamada, Derek.

—Espero que sea pronto.

En cuanto mi cliente se va, aprisiono a Gabrielle contra mi escritorio y comienzo a desabrochar su camisa mientras enciendo el intercomunicador con Cristen.

—Cristen... que nadie me moleste, por favor.

—Muy bien, señor Lambert.

En cuanto corto la conexión, ataco su cuello con besos lentos, húmedos, que le ponen la piel de gallina. Bajo mis manos por su cuello, y aparto la tela del sujetador de encaje... Dios, me vuelve loco el encaje. Masajeo su carne con suavidad, esperando que su pezón se endurezca por mis caricias, y la desnudo de cintura para arriba, sentándola en la mesa después.

—¿Aquí? —susurra entre jadeos.

—Aquí —contesto sonriendo—. Llevo fantaseando con esto toda la mañana, nena. Así que no vas a escaparte.

—No pienso hacerlo.

Mi mano baja por su estómago, hasta colarse por el filo de su falda, que se le ha subido al sentarse abierta de piernas sobre la madera. Acaricio por encima del encaje su sexo, muy lentamente, y ella se retuerce buscando un mejor contacto.

Retiro la tela lo justo para poder acariciar su clítoris, pero ya estoy cachondo, y necesito mucho más que eso, así que la tumbo sobre la mesa y devoro sus pechos mientras introduzco un dedo dentro de su dulce coño, que ya está empapado.

—¡Joder, Derek! ¡Sí!

—Shh... que te van a oír, preciosa. Silencio.

—¡No puedo!

Aparto la tela un poco más, y me arrodillo frente a ella. La miro sonriendo, su respiración se ha parado en seco y está tensa como la cuerda de un arco esperando mi próximo movimiento.

Subo una de sus piernas a mi hombro para abrirla al máximo y poder darme un festín. Ella inspira profundamente, y yo me río triunfal. Saco la lengua sin dejar de mirarla, y me acerco lentamente a su cuerpo. Ella se arquea, esperando mi lametazo, pero vuelvo la cara y beso su muslo suavemente.

—Eres malo —me dice jadeando.

—Y te encanta que lo sea.

Continúo con mis caricias en sus muslos, sin acercarme demasiado a su sexo, que me llama como miel a las abejas. Cuando creo que voy a perder la cordura, escapan de sus labios las palabras que quería escuchar.

—¡Por favor, Derek... cómeme ya!

Entierro mi cara en sus pliegues, y lamo, chupo y saboreo sus fluidos, que mojan el escritorio.

—¡Dios, por fin! —susurra gimiendo y agarrándome del pelo.

Aumento el ritmo, e introduzco dos dedos en su interior para embestirla con fuerza, como a ella le gusta. Mi chica se retuerce, se arquea, gime con cada embestida de mis dedos, y estoy a punto de volverme loco.

Me pongo de pie de un salto y desabrocho mis pantalones con prisa para liberar mi polla, que corcovea deseando enterrarse en ella. Arranco sus braguitas de un tirón y me empalo de una sola estocada en ese coño que me vuelve loco. ¡Joder! Es el puto paraíso.

Empiezo a moverme despacio, toques secos, certeros y hasta el fondo. Mi chica se agarra a mis brazos para no resbalar por la superficie de madera, y cada vez aumento más el ritmo. Pero no es suficiente, necesito entrar más adentro, así que pongo sus piernas sobre uno de mis hombros y cambio el ángulo de mis embestidas.

—¡Joder, nena... cómo me pones!

—¡Sí, Derek... más fuerte! ¡Más fuerte!

De pronto, Gabrielle me aparta de su cuerpo, se levanta y me llama con un dedo juguetón. Sonrío acercándome despacio a ella.

—¿Qué es lo que quieres, gatita traviesa?

—Siéntate en el sillón —susurra—. Voy a hacer que te acuerdes de mí cada vez que estés aquí.

Saber que quiere montarme casi me catapulta al orgasmo, pero trago saliva y hago lo que me pide. Mi pequeña diablilla se coloca dándome la espalda y se introduce mi polla lentamente, haciendo que gima de placer.

—¡Joder, nena... vas a matarme!

Ella solo sonríe y comienza a moverse. Sus caderas suben y bajan hipnotizándome, sus manos viajan perezosas hasta sus pechos y pellizca sus pezones con desespero... y yo me estoy volviendo completamente loco.

Pego mi pecho a su espalda, y paso mis brazos por debajo de sus piernas, de modo que ella tiene que apoyar los pies en el escritorio, quedando totalmente expuesta. Empiezo a moverme dentro y fuera de su cuerpo, acariciando su clítoris al unísono, cada vez más y más rápido, hasta que las contracciones de su orgasmo me catapultan al Nirvana.

Caemos desmadejados en la silla, ella acurrucada en mi cuerpo, y tras un par de respiraciones agitadas estallamos en risas. Ha sido un final de jornada muy interesante.

Capítulo 3

Llevo ya dos meses con el puto divorcio de Joshua Simmons, y no llegan a un acuerdo. Estoy hasta la polla de sus juegos, de los de su mujer, de lidiar con ellos a cada paso que doy.

Mi paciencia está llegando a su límite, y voy a tener que ponerle un ultimátum: o se decide a ir a juicio o el divorcio se lo lleva otro abogado. Me juego mucho, pero me voy a volver loco si no lo hago.

Ya no se trata de que no se pongan de acuerdo, es que Marguerite se ha empeñado en seducirme para conseguir lo que quiere. Siempre que lo ha intentado la he echado de mi despacho con cajas destempladas, pero luego a casa de mal humor, y Gabrielle lo nota.

Tengo que mentirle a mi chica para que no se preocupe, porque ¿cómo le digo que la mujer con la que creyó que la engañaba está acosándome de nuevo?

Gabrielle está siendo un gran apoyo... como siempre. Aguanta mis días malhumorados, que no podamos vernos hasta la noche, e incluso me ayuda cuando algo se me atasca, aunque no tenga ni puta idea de Derecho. No sé qué haría sin ella... no quiero ni pensarlo.

Son las nueve de la noche, y aún estoy en el despacho. En un principio no íbamos a vernos, pero necesito cambiar de aires, necesito distraerme y solo ella es capaz de conseguirlo.

Me dirijo a su casa en cuanto salgo de la oficina. Me abre la puerta una Gabrielle despeinada y en pijama, con cara de asombro.

—¿Derek? ¿Ocurre algo?

—¿Tiene que pasar algo para que venga a verte? —digo más brusco de lo que pretendo.

—Claro que no, pero esta tarde dijiste que ibas a irte a casa directamente, por eso me ha extrañado verte aquí.

—Estoy aquí porque te necesito —susurro a un milímetro de su boca—. Hazme olvidar, nena. Hazme desconectar del puto trabajo.

Uno mi boca a la suya y aprieto su culo contra mi cuerpo. La deseo... ¡Joder! La deseo con tantas ganas que no voy a ser capaz de llevarla a la cama.

Sus brazos se enredan en mi cuello, y sus piernas se entrelazan en mi cintura con ganas de más. La cargo hasta la encimera de la cocina, que es la superficie más cercana, y la tumbo en ella para arrancarle literalmente toda la ropa. Me desnudo con prisa, y cuando me subo a la superficie para unirme a ella, sus piernas vuelven a enroscarse en mi cintura y tiran de mí para que me entierre en su sexo, que ya está mojado y listo para mí, siempre está lista para mí, solo para mí. En cuanto estoy enterrado hasta el fondo todos mis problemas se evaporan como el agua. Me quedo quieto, inspiro fuerte y cierro los ojos para saborear el momento. Necesito sentirla, ella es la única persona que sabe como calmarme.

Mi pequeña gatita traviesa acaricia mi mejilla mirándome con ternura, y yo me pierdo en esos ojos castaños que tantas veces me han hipnotizado, que tan bien saben mostrarme lo que siente.

—Te quiero, pequeña —susurro un segundo antes de comenzar a moverme.

Mis embestidas no son suaves, ni delicadas. Soy brusco, rudo, porque es lo que necesito en este momento para desahogarme. Pero ella me entiende, y en vez de enfadarse arquea su cuerpo hacia el mío y, acompasando el movimiento de sus caderas con las mías, devora mi boca con ansia. Me clava las uñas en la espalda y aprieta sus talones en mi culo. Sentir su fogosidad y su necesidad de mí hace que pierda la cordura en menos de un minuto.

Cuando recupero el aliento, abro los ojos para ver cómo me observa con una sonrisa.

—Lo siento —digo avergonzado—, no...

—Tranquilo... sé que lo necesitabas así.

—Eso no es excusa, nena. Debí preocuparme de ti.

—Derek, tranquilo...

—Ven —susurro tirando de ella—, vamos a solucionarlo.

Ella solo sonríe y me sigue hacia el cuarto de baño. Pongo el agua a punto, y entro con ella en el pequeño habitáculo de cristal. Voy a tener que cambiarle esta mierda de ducha, en ella no cabemos los dos.

—Ahora —susurro en su oreja— voy a hacer que te corras una y otra vez, hasta que me supliques que pare.

—No es necesario, Derek —dice acariciando mi pecho.

—Sí que lo es. Eres mi posesión más preciada, y debo darte lo mejor. Incluidos los orgasmos.

Muerdo el lóbulo de su oreja arrancándole un gemido, y apunto el chorro de agua caliente a sus pechos, que se endurecen al momento. Ella gime y echa la cabeza hacia atrás para apoyarla en mi hombro, y aprovecho la postura para hundir mi mano en su sexo y encontrar su clítoris hinchado.

—¡Ay Dios!

—Derek, gatita... solo yo.

Alterno mis movimientos con el chorro de la ducha, que hace que se arquee y grite de placer, y en poco menos de cinco minutos mi chica es recorrida por su primer orgasmo. Yo vuelvo a estar duro como una piedra, y apoyo sus manos en la pared para poder acceder a su cuerpo desde atrás. Me entierro en ella de nuevo, y muevo mis caderas en círculos, como a ella le gusta, volviéndonos locos a los dos.

Comienzo a embestir despacio, esta vez no hay urgencia, solo necesidad. Arqueo mi pelvis para tener mejor acceso, y cuando su cuerpo se tensa alrededor de mí el orgasmo me arrasa de nuevo.

—Derek, para... por favor —Su gemido me arranca una sonrisa.

—¿Tan pronto te rindes? Si solo van dos...

—¡No puedo más!

—Blandengue.

Salgo de su cuerpo lentamente, le doy la vuelta y la beso con todo el amor y toda la ternura de los que soy capaz. Es la mujer de mi vida, y necesito que lo sepa. Cuando nos secamos, nos ponemos un pijama (sí, mi novia me ha comprado un pijama de seda azul marino para cuando me quedo a dormir con ella) y nos sentamos en el salón a esperar que llegue la pizza.

—¿Qué ocurre, mi amor? —pregunta abrazada a mi cuerpo.

—Me están volviendo loco, nena. Josh y su mujer son un puto coñazo. No sé si voy a poder seguir con este divorcio.

—¿Qué quieren esta vez?

—Marguerite no acepta lo que Josh le ofrece. Le digo que vaya a juicio, que así las cosas son más sencillas, pero aunque diga lo contrario la sigue queriendo, y en vez de eso claudica y le ofrece otra cosa. Y así una, y otra, y otra vez.

—Tengo una idea. ¿Qué te parece si le pedimos a Evan las llaves de la casa de la playa y nos vamos a descansar allí un par de días?

—No puedo irme, nena, tengo...

—Derek, necesitas un descanso. Estás trabajando demasiado, y te está pasando factura. Tómate unos días libres, por favor...

—¿Días de sexo desenfrenado? —pregunto alzando las cejas.

—Ni hablar —contesta riéndose—. Días de descanso y relax. El sexo desenfrenado solo por la noche.

—Me cago en... con lo que me gustan a mí los polvos mañaneros...

—Todo se puede negociar, señor abogado...

En ese momento llega la pizza dejando nuestra negociación en el aire. Cenamos en un silencio cómodo mientras vemos una película de esas románticas que a ella le encantan y nos quedamos dormidos en cuestión de minutos, uno en brazos del otro.

Capítulo 4

Solo quedan tres horas para que deje la oficina hasta el lunes, y aunque parezca increíble hoy es miércoles. Estoy dejándolo todo preparado para que uno de mis socios se pueda ocupar de todo en caso de emergencia, aunque sé que no va a pasar nada.

Después de mucho negociar, conseguí que Gabrielle se conformara con dos días libres antes del fin de semana, así que pasaremos cuatro días en la playa. Estaremos solos hasta el viernes, que vendrá Evan a pasar el fin de semana con nosotros, y una “sorpresa” de Gabrielle.

Acabo de tener una reunión muy importante que ha salido tal y como esperaba, así que estoy de muy buen humor. Lo único que podría agriarlo sería un problema de última hora, y eso no va a pasar.

Cristen entra en mi despacho con mi *expreso*, y la animo a sentarse en uno de los caros sofás para hablar con ella.

—Cristen, voy a dejarlo todo en manos de John, pero de todas formas si ocurre algo importante llámame al móvil.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! Su novia me amenazó con estrangularme si lo hacía, así que no cuente con ello, señor Lambert.

Sonríe inconscientemente ante las ocurrencias de Gabrielle... ¿Cómo no se me ocurrió que sería capaz de algo así?

—Insisto, Cristen. Si ocurre algo muy importante me llamas. Yo te protegeré de Gabrielle. Además, no voy a volver, pero puedo intentar solucionarlo por teléfono.

—Como su novia me arranque la cabeza por hacerlo, tenga claro que volveré de entre los muertos para atormentarle mientras viva —contesta levantándose—. Y no lo digo en broma.

Cierra la puerta tras la carcajada que escapa de mi garganta ante su ocurrencia. Miro a mi alrededor y pienso en todos los cambios que ha habido en mi vida desde que conocí a Gabrielle en aquella parada de autobús. Ella ha sido un bálsamo para mis heridas. Se ha convertido en mi confidente, mi amiga, mi amante. No concibo la vida si Gabrielle no forma parte de ella. Y ahora me toca a mí demostrarle que he cambiado, que soy un hombre nuevo y que puede contar conmigo siempre.

Sacudo la cabeza para alejar esos pensamientos de mi cabeza y me dispongo para salir, pero irrumpe en mi despacho una Marguerite desaliñada y con ojeras. Mi secretaria entra inmediatamente después.

—Lo siento, señor Lambert —dice alterada por el forcejeo—, no he podido detenerla.

Le hago un gesto con la mano para que se marche y me cruzo de brazos mirando a Marguerite con una ceja arqueada.

—¿Y bien? ¿Qué coño haces aquí?

—Necesito que me ayudes, Derek. No podéis quitármelo todo... ¡No podéis dejarme en la ruina!

—Creo recordar que todo lo que has tenido pertenece a Josh. Tú no tienes un céntimo, Marguerite. Jamás has trabajado. Además, considero que las condiciones que te ofrece son más que suficientes. Deberías aceptarlas, ¿No crees?

—Por favor... ayúdame a conseguir más... la casa, al menos.

Se acerca a mí y acaricia mi brazo con sus manos, por lo que me aparto de un tirón.

—Sé que tú y yo no hemos tenido una buena relación, pero podríamos repartirnos el botín.

—¿Botín? ¡Lárgate de aquí! Y ten por seguro de que tu marido se va a enterar de esta visita, Marguerite. Soy su abogado, y si por algo me caracterizo es por

no dejarme corromper por nada, ni por nadie.

Dicho esto, paso por su lado y me marcho a casa, este va a ser un largo, y deseado, fin de semana, y no voy a dejar que esa horrible mujer me lo estropee. Tras darme una ducha, reviso la maleta una última vez y pongo rumbo a casa de Gabrielle.

Cuando abro la puerta me quedo parado en seco: hay una muchacha rubia sentada en el sofá con un pijama de corazones comiendo pizza.

—Eh... ¿Hola? —digo confundido.

—¡Siii! —grita saltando hacia mí y abrazándose a mi cuello— ¡Por fin conozco a mi cuñado!

Su grito despeja todas mis dudas: se trata de Ariana, la hermana pequeña de Gaby. Paso mis brazos por su cintura y la abrazo con cariño. Solo conozco de ella lo que su hermana me ha contado... que no es poco. Ambas hermanas están muy unidas y Gaby siempre habla maravillas de la pequeña.

—Así que tú eres la pequeña Ary... ¡Y yo que pensaba que eras una niña! —bromeo.

—¡Oye! ¡Que solo soy un año menor que tu novia! Seguro que mi hermana ya te ha contado las batallitas de cuando éramos pequeñas.

—Pues la verdad es que no... pero ya sé en lo que nos vamos a entretener este fin de semana —bromeo—. Por cierto... ¿Dónde está?

—En la ducha.

—Bien... pues sé una buena cuñada y comparte conmigo un poco de esa pizza... me muero de hambre.

—Y yo que creía que ibas a ir a acompañarla...

—¿Contigo en el salón? Ni lo sueñes.

—Sírvete entonces —contesta señalando la mesa.

Me siento con ella y me como casi media pizza hablando de Gabrielle. En diez minutos sé más de su juventud de lo que ella me contaría de buena gana.

Siempre fue una niña ejemplar. Buenas notas, un expediente impecable. Tocaba el piano y le encantaba patinar. Nunca ha sido muy popular, y era la presidenta del club de matemáticas. Tiene un Máster en dirección de empresas, pero en vez de trabajar para una gran multinacional decidió montar su pequeña floristería.

Gabrielle nos descubre tirados en el sofá, muertos de la risa, y nos mira con una ceja arqueada. Está impresionante con esas mallas y ese jersey de lana. Me levanto sin dejar de reír y la beso suavemente en los labios.

—Veo que ya os conocéis —comenta.

—Tu novio me gusta, Gaby. Es guay —grita su hermana desde el sofá.

—Hemos tenido una conversación muy... interesante —digo como si tal cosa.

—Ya te ha estado contando sus batallitas de juventud, ¿no?

—La verdad es que no. Me ha contado las tuyas.

Ella mira a su hermana con reprobación y a mí me da un ataque de risa. Gaby se vuelve a mirarme sonriendo también.

—Solo por eso voy a perdonarla.

—¿Por qué? —pregunto confundido.

—Porque nunca te había visto reír de esa manera.

Sonríó y la abrazo por la cintura para besarla como es debido. Saboreo su boca lentamente, hasta que la voz de su hermana me hace volver a reír.

—Idos a un hotel, chicos... que aquí hay gente que se muere de envidia.

Gaby la mira sonriendo y la apunta con un dedo.

—Nada de fiestas, ni chicos que no conozcas. Lo quiero todo recogido, y ya sabes lo que tienes que hacer el sábado.

—¡Que sí, pesada! Todo controlado. Largaos ya.

Agarro la maleta de mi chica y tiro de ella hacia la salida, no sin antes darle un sonoro beso en la mejilla a mi nueva cuñada. Me está gustando esto de tener nueva familia.

Capítulo 5

Llegamos a la casa de la playa de Evan al atardecer. Estamos en pleno diciembre y hace frío, así que enciendo la chimenea del salón y pongo la calefacción en el dormitorio para cuando nos vayamos a dormir.

Me doy una ducha rápida y me dirijo a la cocina, donde mi chica está preparando algo para cenar. Me acerco con la excusa de echarle una mano, pero lo único que hago es echársela... a su cuerpo. Después de muchas risas y empujones por su parte me acaba echando de allí, así que me voy al salón y pongo la televisión a ver qué demonios echan esta noche.

A los cinco minutos me llega un mensaje de Cristen que me deja mucho más relajado de lo que estoy.

Buenas noches, señor Lambert. Todo tranquilo por aquí. Disfrute y descanse.

Sonrí y me estiro en el sofá esperando que Gaby me llame para cenar. Podría pasarme así el resto de mi vida, y estoy esperando que ella se dé cuenta de que esto es lo que necesita.

Media hora después estamos sentados cenando frente al fuego. Hablamos de cosas banales, aunque lo que realmente me apetece es tumbarla en la alfombra y hacerle el amor lenta... muy lentamente. Cuando este pensamiento abandona mi mente me doy cuenta de que ella me mira esperando respuesta a algo que ha dicho.

—Lo siento, ¿qué decías?

Ella suelta una carcajada, deja los cubiertos en el plato, apoya los brazos en la mesa y me mira divertida.

—Acabas de recordarme a un capullo que me llevó a casa en un día de lluvia.

—¿Ah, sí? ¿Qué te hizo ese capullo? —le continúo la broma.

—Pues ignorar lo que decía por mirarme las tetas.

—¡Yo no... Bueno sí, te miraba las tetas. Pero si te ignoré fue por otro motivo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Si te lo dijera tendría que matarte.

—Correré el riesgo.

—Pues en ese preciso momento estaba imaginándome como follarte en ese mismo momento, allí, en el asiento del coche, mientras el taxista miraba.

—¡Eras un depravado! —contesta con una sonrisa.

—Pues sí... lo era. Pero es que estás muy buena, nena... cualquiera se resiste a tener ese tipo de pensamientos...

—Menos mal que has cambiado...

—Sí... ahora estaba pensando en hacerte el amor en esa alfombra de ahí.

Ella me mira con la boca abierta, coge un cojín del sofá y me lo lanza a la cabeza.

—Eres un demonio, Derek Lambert.

—Quizás... pero soy todo tuyo... Gabrielle Lewis.

Seguimos cenando en silencio, y mientras yo recojo la mesa y friego los pocos platos que hemos ensuciado ella prepara palomitas y lleva una manta al sofá del salón. Nos arrebujamos juntos bajo ella y ponemos una película de esas que a ella le gustan.

—¿Sabes qué, Derek? —pregunta al cabo de una hora.

—Dime, preciosa.

—Que prefiero tus pensamientos lujuriosos a la película.

No puedo más que reírme y me lanzo sobre ella para besarla como es debido. Nuestras bocas se recorren con cuidado, nuestras manos se enredan en el otro, y casi sin darnos cuenta estamos tumbados desnudos frente a la chimenea.

—Vaya rapidez... —dice arqueando su cuerpo.

—Mi único objetivo en la vida es complacerte en todo momento, cielo.

Comienzo a trazar un reguero de besos desde su clavícula hasta su pecho, en donde enredo mi lengua en ese pezón rosado que me vuelve completamente loco. Ella gime y enreda sus dedos en mi pelo, apretándose contra su piel enfebrecida, haciéndome gemir a mí también.

Pero parece que ella tiene otros planes, y se revuelve juguetona hasta dejarme a mí tumbado en la alfombra a su merced. Yo cruzo los brazos bajo la cabeza y sonrío satisfecho, pero toda la pose se va a la mierda cuando sus manos acarician mis testículos con suavidad.

—¡Oh, joder... nena! ¡Demasiado directa!

—¿No te gusta?

—¡Claro que sí! ¡Pero vas a hacer que me corra demasiado pronto!

Ella sonríe con esa mirada de diablilla y abre la boca frente a mi polla, que tiembla esperando la primera lamida. Recorre con su lengua toda mi longitud despacio, sin apartar sus ojos de los míos, que arden de deseo contenido.

Cuando su boca succiona mi miembro arqueo el cuerpo en respuesta. Sus labios rodean mi glande y sus dientes rozan suavemente la piel aterciopelada de una forma deliciosa. Sus succiones son cada vez más frenéticas, más intensas, y con un gemido ronco me corro entre esos pechos deliciosos.

—¡Joder, nena! Te has superado.

—Ahora vuelvo. Voy a limpiarme.

Gabrielle se da la vuelta y se dirige hacia el baño dando saltitos causados por el frío. ¿En serio se cree que voy a dejarla sola en la ducha?

Corro detrás de ella, pero me paro a mirarla por la raja de la puerta. Se mira en el espejo sonriendo, admirando ese cuerpo que me tiene de manicomio, y se mete en la ducha cuando el vapor indica que el agua está caliente.

Entro despacio en el baño, y sonrío al oírla cantar una de sus canciones favoritas. Definitivamente no es perfecta: canta como los grajos. Aparto la cortina con cuidado y me pongo detrás de ella. Sabe que estoy aquí, su piel se ha erizado, al igual que la mía, pero la muy sinvergüenza no se gira para mirarme

—Mucho has tardado —me recrimina.

—He estado haciendo de voyeur.

Mis labios se hacen con la carne tierna de su cuello, besándola lentamente, saboreando su piel, marcándola suavemente con los dientes. Ella gime y se arquea para darme mejor acceso, y amaso sus pechos con las manos a la vez. Bajo una de mis manos suavemente hasta sus rizos y busco minuciosamente ese botón que tanto placer nos proporciona a ambos.

Muevo el dedo en círculos, muy lentamente, y sus caderas comienzan a moverse al mismo ritmo. Su culo roza mi polla cada vez que se arquea, y poco a poco va cobrando vida de nuevo. Levanto su pierna despacio y la hago apoyar el pie en el pequeño asiento de cerámica que trae incorporado el hidromasaje, enciendo el chorro de la pared, que da justo en su sexo, y me introduzco lentamente en ella.

—Mmm... así... —ronronea.

Comienzo a mover las caderas muy despacio, tan despacio que el tiempo parece haberse detenido a nuestro alrededor. Apunto el chorro de agua a su clítoris y mis manos vuelven a regodearse en sus pechos.

Estoy en la gloria, y mi sangre se calienta por momentos deseando aumentar el ritmo, pero no pienso terminar esto aquí y ahora, así que tras unas cuantas embestidas más salgo de ella y apago el agua.

—¡No! ¿Pero dónde vas? —gime frustrada.

—Shh... confía en mí.

La seco con mucho cuidado, aprovechando para continuar las caricias, y la levanto en peso, hundiéndome de nuevo en su interior. Ella me rodea con brazos y piernas y comienza a besarme de nuevo, y haciendo malabares consigo volver a la alfombra y tumbarnos en el suelo sin salirme ni un ápice.

—Querías mi fantasía, nena... y la vas a tener.

Comienzo a moverme de nuevo, despacio, besándola al mismo ritmo, acariciando su pelo esparcido a nuestro alrededor. Su cuerpo está tan cerca del mío que parecemos uno solo, su cara está arrebolada por la pasión y sus ojos brillantes de amor. Es la visión más perfecta que tendré en mi puta vida.

—Te quiero —susurro un segundo antes de volver a besarla.

Poco a poco voy aumentando el ritmo, pero aún no es suficiente para ella (¡cojones!, tampoco lo es para mí) así que se retuerce para dejarme de nuevo tumbado en la alfombra. Me dejo hacer, hoy está juguetona y yo estoy dispuesto a jugar a lo que ella quiera.

—Hoy quieres mandar tú, ¿eh?

—Cállate, Derek.

Se sienta a horcajadas en mi cuerpo y comienza a moverse deprisa, fuerte, de manera descontrolada. La sujeto por la cintura para intentar aplacar un poco su ritmo, pero yo también lo necesito, así que la imito todo lo que me permite esta postura. Su sexo se cierra deliciosamente sobre mi polla. El roce de su culo con mis huevos se vuelve insoportable, y cuando su cuerpo se convulsiona me arrastra a mí al orgasmo.

Capítulo 6

Llevamos dos días en la playa, y jamás me he sentido mejor. Pasar este tiempo con Gabrielle está sirviendo para conocernos mucho mejor.

El jueves no salimos de la cama en todo el día. Nos dedicamos a hacer el amor, hablar y dormir. Por la noche hicimos una pizza y nos la comimos acurrucados en la cama viendo una de sus películas de amor.

Ayer me despertaron sus dulces caricias. Hicimos el amor en la ducha, y salimos a pasear por el pueblo. Disfruté como un niño viéndola ilusionarse con cualquier tontería que le regalaba. Comimos en un restaurante pesquero, y por la tarde fuimos al cine a ver una película de terror.

Esa noche no hubo preliminares. Llevaba todo el día sin tocarla, sin enterrarme en su paraíso, y en cuanto cerramos la puerta de la casa la empujé contra la pared.

—Se acabó... no puedo más, nena —dije pegando mi boca a la suya.

Ella atacó mi boca con desesperación y enredó sus piernas en mi cintura. Colé la mano por debajo de la falda de su vestido para descubrir que no llevaba ropa interior.

—¡Joder, nena! Siempre sabes cómo ponerme cachondo.

—No te has dado ni cuenta en todo el día —me reprochó.

—Para un día que quiero portarme bien...

—Derek... cállate y fóllame ya.

Desabroché mi pantalón lo justo para sacarme la polla y enterrarme en ella.

—¡Derek!

—Mmm... nena... estás tan caliente y mojada...

—¡Sí... Dios sí!

Comencé a moverme muy despacio, hundiéndome en ella hasta el fondo. Dios... se está tan bien dentro de ella... Mis acometidas aceleraron, sus gemidos subieron de tono, y llegamos al orgasmo al unísono, cayendo desmadejados en el suelo.

—Si lo llego a saber te digo que voy sin ropa interior hace horas —suspiró Gabrielle.

Su comentario me hizo reír a carcajadas. Después de la explosión inicial la llevé a la cama, donde le hice el amor de forma lenta y dulce. Tras ese pausado, extenuante y satisfactorio encuentro nos quedamos dormidos al minuto.

El timbre de la puerta me despierta. Evan. Miro el reloj de la mesita de noche y me sorprende al ver que son las once de la mañana. Me pongo los calzoncillos y voy a abrir, pero cuál es mi sorpresa al ver allí a Ariana, que salta sobre mí sin vergüenza.

—¡Hola Derek! ¡Qué sexy te levantas por las mañanas, cuñado! —bromea entrando en la casa.

Dios... no sé dónde meterme. Intento taparme con la manta que dejamos tirada en el sofá, y voy corriendo al dormitorio a ponerme algo más decente.

Gabrielle aún duerme, así que la zarandeo con cuidado para despertarla.

—¡Ey, nena! ¡Despierta!

Ella se acurruca un poco más, y con una de sus manos busca mi erección. ¡Joder! ¡Como si hiciese falta que me tocara para empalmarme!

—Gaby... no... Vamos, despierta. Tu hermana está aquí.

El nombrar a su hermana hace que salte de la cama como impulsada por un resorte y comience a vestirse.

—¿Mi hermana? ¡Derek! ¿Por qué no...

Cuando se vuelve a mirarme se queda con la boca abierta.

—Dime que no le has abierto la puerta en calzoncillos.

—Creía que era Evan, ¿vale? ¿Por qué no me dijiste que tu hermana vendría?

—Era una sorpresa, ¿recuerdas? Te dije que tenía una sorpresa.

—Pues le acabo de provocar una impresión acojonante, Gaby. Va a pensar que soy un depravado.

—Lo que va a pasar es que vamos a tener cachondeo con eso hasta el día del juicio final.

—No sé qué es peor...

Cuando salimos al salón diez minutos después, ambos perfectamente vestidos, mi cuñada nos ha preparado un desayuno digno de un rey: huevos revueltos, tostadas, beicon y tortitas.

—¿Y toda esta comida? ¿A quién has invitado a desayunar? —pregunto realmente interesado.

—Es para nosotros. Yo no he desayunado y creo que vosotros tenéis que recuperar energías... por lo que he visto al llegar.

—Ary... déjale en paz —interviene Gaby—. El pobre creía que eras otra persona.

—¿Otra persona? ¡Así que no voy a sujetaros la vela! Perfecto. ¿Y esa otra persona es...

La puerta de la calle se abre en ese momento, y Evan entra por la puerta cargado de bolsas.

—Buenos días pareji...

Las palabras mueren en su boca cuando posa los ojos en Ariana. Se acerca lentamente, con la mirada de depredador en sus ojos. ¡Oh, oh! Creo que va a haber problemas.

Gabrielle, ajena a mis pensamientos, se acerca a Evan y le da un abrazo y un beso en la mejilla.

—Me alegro de que ya hayas llegado. Déjame presentarte a Ariana, mi hermana pequeña.

—¿Tu hermana? —pregunta mi amigo sorprendido.

—Ajá.

La cara de decepción de Evan es todo un poema. Sé que quiere mucho a Gaby, y no va a ser capaz de tocar a su hermana por muchas ganas que tenga de hacerlo. No quiere poner en riesgo su amistad con Gaby.

Me aguantan las ganas de reír y me siento a la mesa.

—¿Has desayunado, Evan? Mi cuñadita ha hecho comida para un regimiento.

—Eh... sí, claro —contesta mi amigo—. Si lo has cocinado tú seguro que está delicioso.

Gabrielle me mira con una ceja arqueada, pero me encojo de hombros y sigo comiendo. No seré yo quien le descubra que Evan se ha puesto en modo “Cazador” con la inocente Ariana.

Tras el desayuno, Gaby acomoda a su hermana y nos vamos a dar un paseo por la playa todos juntos. Ary y Evan van rezagados, conociéndose el uno al otro. Gaby no deja de mirar hacia atrás preocupada, así que la abrazo y avanzo un poco más deprisa.

—Tranquila... no se la va a comer —le digo, leyendo su mente.

—¿Seguro? Evan está de lo más raro.

—Cielo, es tu hermana. Tú eres sagrada para él, y por ende, también tu hermana. No va a hacerle nada.

—Pero...

—Además, creo que ambos son mayorcitos para decidir qué es lo que quieren, ¿no?

—Ary es demasiado inocente para Evan. No quiero que le haga daño.

—Nena... en serio, deja de preocuparte. Están divirtiéndose como dos amigos, no veas fantasmas donde no los hay.

Esa noche preparamos una fogata en la playa y hacemos una barbacoa. Los chupitos calientan el ambiente, las chicas se animan... y empieza el juego de la botella.

—No creo que sea buena idea... —replico. Esto puede acabar muy mal.

—Vamos, Derek... te has convertido en un aguafiestas —responde Evan.

—No soy un aguafiestas... pero esto se nos puede ir de las manos.

Nadie me hace caso, así que Gaby comienza el juego. El primer giro de botella nos señala a ella y a mí, así que la tumbo en la arena y le como la boca con parsimonia. Evan y Ary empiezan con los abucheos, pero no hago caso y me sacio por el momento.

El segundo giro de botella señala a Gaby y a Evan. Me tenso un segundo, pero solo eso. Evan se acerca y le da un sonoro beso en los labios, un pico demasiado largo para mi gusto, pero a estas alturas confío plenamente en ambos, así que me repantigo en la arena sonriendo.

Los problemas asoman cuando la botella da su tercera vuelta. Me toca besar a Ary. No pienso hacerlo en la boca, ni de coña, así que le sujeto la cabeza y le doy un beso en la mejilla, de esos que dan las abuelas a sus nietos y que ellos odian tanto.

—Puag, Derek... me has baboseado toda la cara.

Llega el momento que más he temido: la botella señala a Evan y a Ary de lleno. Veo como Gabrielle se tensa, así que la acerco a mi cuerpo y la aprieto contra mí. Evan se acerca despacio a mi cuñada, y la besa con una ternura desconocida en él. ¿Qué está pasando aquí? Evan está irreconocible...

Cuando se separan propongo jugar a las cartas, y todos acceden encantados. Parece que el juego se nos ha ido de las manos, y nadie quiere reconocerlo.

El resto del fin de semana pasa en un suspiro. Si bien no quiero preocupar a Gaby, Evan está realmente volcado en Ary, y reconozco que me preocupa que solo

quiera pasar el rato con ella.

El domingo, tras dejar a las chicas en casa de Gabrielle, nos vamos a tomarnos una cerveza.

—Joder, macho... ¿En la familia de Gaby no hay ni una sola mujer fea? Ariana está para mojar pan.

—Evan... no creo que haga falta advertirte, pero no se te ocurra acercarte a mi cuñada si lo único que quieres es un polvo.

—¡Vaya! ¡No jodas! ¡Te has vuelto un novio responsable y serio! —bromea— Estás irreconocible.

—No cambies de tema, Evan. En serio, Gabrielle está preocupada y me ha costado un infierno convencerla de que no quieres nada con su hermana, aunque vi esa mirada cuando te fijaste en ella. Y no hablemos del beso de la playa...

—¿Mirada? ¿Qué mirada? Y el beso formaba parte del juego, macho. No iba con doble sentido.

—Lo único que vi fue que te derretiste por ella, vi como te la follabas con los ojos y que en la playa solo te faltó metérsela hasta el fondo.

—A ver... ¿En serio creéis que sería capaz de follarme a la hermana de mi mejor amiga para después dejarla en la cuneta?

—Nunca te he visto hacer otra cosa.

—Vale, Derek. Sé que siempre he sido un capullo con las mujeres, ¿vale? Pero sería incapaz de tocarle un pelo a Ary. Me cae bien, me gusta, pero no pienso hacer nada al respecto.

—Me alegra oír eso... no esperaba menos de ti.

Capítulo 7

Vuelta a la rutina... por desgracia. Las mini vacaciones me han sabido a muy poco. Si por mí hubiese sido me habría perdido un mes entero con Gabrielle. Venecia, París, Roma... cualquier destino romántico me serviría. Pero es hora de poner los pies en el suelo y volver al trabajo.

Por si fuese poco con las pocas ganas que tengo de trabajar, esta mañana está lloviendo a cántaros. Miro por la ventana recordando otro día igual de lluvioso, hace ya tanto tiempo... aquel día encontré a la mujer de mi vida, y desde entonces doy gracias por ello.

La mañana está siendo relativamente tranquila. Cristen ha hecho un excelente trabajo, y todo está como si no hubiese desaparecido dos días del mapa. Hace un rato ha aparecido un mensajero con una gran caja de bombones y una nota para ella de parte de mi chica, y Cristen se ha emocionado tanto como si el que lo hubiese hecho fuera su novio.

—Señor Lambert, la señora Simmons desea verle.

La voz de mi secretaria hace que me den escalofríos. ¿Otra vez? ¿Qué coño querrá ahora esta endemoniada mujer?

—Hazla pasar, Cris. Acabemos con esto.

La mujer que entra por la puerta no es la mujer que conocí. Está muy desmejorada, tiene unas ojeras enormes y ha perdido varios kilos. Vaya... parece que a ella también le está pasando factura todo este asunto.

Me siento en mi silla y la invito a ocupar su lugar al otro lado de la mesa. Se sienta cabizbaja, retorciéndose las manos nerviosa. ¿Qué coño le pasa ahora?

—¿Y bien? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Bueno, yo... es que...

—Estoy esperando, Marguerite.

—Vengo a disculparme contigo.

—¿¿Perdón??

Mi cara de sorpresa tiene que ser todo un poema. Creo que hasta se me ha desencajado la mandíbula de la impresión.

—Quiero pedirte perdón por todo el daño que te he hecho.

—Me parece que estoy alucinando... ¿Tú, pidiendo perdón? ¿En serio?

Marguerite se pone a llorar con la cara escondida entre sus manos. Sé que estoy siendo muy duro, pero por culpa de ella casi pierdo a Gabrielle, y no es algo que se pueda olvidar fácilmente.

—Sé que te hice perder a la mujer de tu vida, y no sé cómo remendar el daño —continúa—. En estos días me he dado cuenta de la clase de persona en la que me he convertido, y te aseguro que no me gusta nada.

—¿Qué te ha pasado, Marguerite? Pareces otra persona.

—Cuando le conté a mi familia que Josh había pedido el divorcio, me dijeron a la cara unas cuantas verdades de las que no me había querido dar cuenta. Lo he perdido todo, Derek. Necesito conservar al menos la dignidad.

—Disculpas aceptadas. ¿Algo más?

—Dile a Josh que... que acepto el trato y que en cuanto lleguen los papeles del divorcio los voy a firmar. No me quedan fuerzas para seguir luchado —dice levantándose—. Yo sola me he buscado esto, y sola debo salir.

Dicho esto, rompe a llorar. ¡Joder! No puedo verla tan deshecha. Por mucho daño que me haya hecho nadie se merece pasarlo tan mal. Me acerco despacio y la abrazo con cuidado, casi con miedo a que todo sea una treta más. Pero ella se agarra a mi camisa y llora incluso más fuerte, sus hipidos están a punto de desarmarme.

—Vamos, Marguerite, cálmate. Todo saldrá bien.

—Lo he... hecho todo mal... yo... he destrozado... mi vida.

—Saldrás adelante, ya lo verás.

Acaricio suavemente su cabello para intentar que se calme. Apenas pasan unos segundos, pero ya me siento incómodo con la situación.

En ese momento la puerta de mi despacho se abre, y mi mundo se derrumba: Gabrielle entra sonriendo, pero su sonrisa muere en sus sonrosados labios cuando ve a Marguerite apoyada en mi pecho. Abre los ojos de par en par y echa a correr escaleras abajo.

Me deshago del abrazo de Marguerite y salgo a correr tras ella. La alcanzo en la calle, a escasos metros de mi oficina. Está parada en medio de la lluvia, llorando.

—¿Por qué has salido corriendo de esa manera? —pregunto suavemente.

—¡Vete!

—Nena... mírame, por favor.

—¡He dicho que te vayas!

—¡Y una mierda! —grito frustrado— ¿Qué coño crees que pasaba ahí arriba, Gabrielle?

—¡Dímelo tú!

—¡No pasaba nada, joder! ¡Vino arrepentida y rompió a llorar! ¿Qué demonios querías que hiciera?

—Bonita excusa para engatusarte.

—¿Engatusarme? ¿En serio crees que alguna otra mujer podría engatusarme? ¡Solo te quiero a ti, joder! —La agarro de la muñeca para impedir que salga corriendo.

—¡No te creo! —Intenta zafarse de mí— ¡Es ella! ¡La misma mujer con la que estuviste dándote el lote!

—¡Sabías que estoy llevando su divorcio! ¡Sabías que ibas a tener que verla en mi despacho!

—¡¿Y por eso tengo que tragar cómo la abrazas?! ¡¿Y por eso tengo que aguantar que...

—¿Aguantar qué, Gabrielle? ¡No hice nada! ¡Ni antes ni ahora!

—Derek... márchate, por favor. Déjame sola.

—No pienso dejarte en este estado, yo...

—Necesito pensar.

—¿Pensar en qué? —la realidad me golpea como un mazo— No confías en mí... ¿verdad? Crees que te voy a engañar con otra... ¡Contéstame!

—Yo...

No la dejo terminar. Me alejo de ella con la sorpresa y la decepción pintadas en mi cara. Necesito despejarme, necesito respirar. ¿Por eso no quiere casarse conmigo? ¿Porque no confía en mí?

Me dirijo con paso cansado al edificio de mi oficina. Marguerite está de pie en la entrada, mirándome entristecida. Cuando paso por su lado apoya su mano en mi brazo, gesto que aunque parezca increíble me reconforta.

—Lo siento, Derek —dice—. Iré a hablar con ella y...

—No serviría de nada. Todo esto es culpa mía. Debí saber que no todo podía ser tan perfecto.

Los días siguientes los paso encerrado en mi despacho, trabajando a destajo para no pensar en ella. Un millón de veces he descolgado el auricular del teléfono para llamarla, para convencerla de que digo la verdad, pero... ¿de qué serviría? Si no tengo su confianza... no tengo nada.

Resulta jodidamente irónico: la encontré un día de lluvia... y un día de lluvia la he vuelto a perder.

Capítulo 8

Mi vida se ha vuelto a convertir en un puto infierno. Me limito a levantarme, ir a trabajar, encerrarme en casa y pensar en Gabrielle. Pienso en ella las veinticuatro horas del puto día.

Evan está siendo un gran apoyo, pero aunque lo ha intentado más de mil veces en estas dos semanas, Gabrielle no quiere oír hablar del tema. He perdido toda esperanza de volver a recuperarla. Cuatro veces son demasiadas.

Estoy sentado en el sofá, dándole vueltas al anillo de compromiso que nunca adornará su dedo. Llevo días sin ducharme, apenas como nada, y lo único que quiero hacer es dormir.

Un golpe en la puerta me saca de mi ensoñación. Abro creyendo que es Evan, pero me sorprende al ver parada allí a Ariana.

Ella me aparta a un lado y entra en mi apartamento como un huracán.

—¿Qué demonios haces así?

—Ary... no tengo ganas de visitas. Vete, por favor.

—No te lo crees ni borracho —Se acerca y olisquea el aire cerca de mi cara—, y borracho no estás.

—¿Qué quieres, Ary?

—En primer lugar quiero que entres en el cuarto de baño, te duches y te afeites. Apesta a mofeta.

—¿Vas a obligarme a hacerlo? —pregunto realmente divertido por primera vez en muchos días.

—Ponme a prueba —responde con los brazos en jarras.

Como no quiero discutir (ni comprobar si habla en serio) me doy una ducha y me afeito, como me ha pedido. Cuando salgo del cuarto de baño el olor a comida inunda toda la casa. Mis tripas rugen en respuesta... parece ser que tenía hambre.

Ary ha preparado una buena comida a base de puré de patata, filetes y ensalada. Me siento en la mesa que ha preparado con cubiertos para dos, y al instante ella planta delante de mí un plato a rebosar.

—Más vale que te lo comas todo. Estás hecho un asco.

—¡Vaya, gracias!

—¿Pero tú te has visto, Derek? Has adelgazado al menos veinte kilos en dos semanas.

—A exagerada no hay quien te gane, ¿eh?

Comemos en relativo silencio. Bueno, en realidad yo me limito a comer y ella parlotea como una cotorra. No toca el tema de su hermana en ningún momento, cosa que agradezco.

Cuando terminamos, la ayudo a recoger la cocina, sirvo dos copas de vino y me siento en el sofá con ella. Curiosamente ahora se queda en silencio, coge el mando del televisor y pone una serie de risa, no sé el nombre, pero está bastante bien.

Tenerla aquí me sienta bien. No sé qué tiene, quizás sea la alegría que desprende, pero aligera un poco la tristeza que me embarga.

A las doce de la noche, Ary se despereza y se dispone a marcharse.

—Espera, cojo las llaves y te llevo a casa —digo levantándome.

—No hace falta, Derek, tengo el coche en la puerta.

—Bueno, pues déjame al menos acompañarte al coche. Es muy tarde y no quiero que andes sola por ahí.

—Sí, papá —contesta sonriendo.

Tengo que reconocer que tiene una sonrisa preciosa, una sonrisa tan... tan parecida a la de Gabrielle...

Bajamos en el ascensor en silencio, y cuando llegamos al coche, ella se vuelve y me abraza.

—No te des por vencido, Derek —susurra—. Mi hermana te quiere.

—No confía en mí, Ary. No hay nada que hacer —digo apenado.

—Deberías hablar con ella. Deberías explicarle...

—Lo intenté. Lo intenté y me echó. Mientras ella no confíe en mí no tiene sentido que lo intente de nuevo.

Ella suspira, se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla.

—Piénsalo, ¿de acuerdo? Solo piénsatelo.

Veo alejarse su coche en la oscuridad. Realmente Ariana es un soplo de aire fresco, una luz en la oscuridad. Apenas la conozco, y ya la quiero como a una hermana.

Subo al apartamento y miro alrededor. Todo está tan silencioso sin Gabrielle... todo está tan gris... Ella llenó mi vida de luz, y ahora me encuentro de nuevo en las tinieblas.

Descuelgo el teléfono y marco su número. Un tono, dos, tres... al quinto salta el contestador.

—Nena... soy yo. Necesito verte, necesito estar contigo. No nos hagas esto... no puedo vivir sin ti. Llámame, por favor. Te quiero.

Capítulo 9

Un puto mes. Hace un puto mes que no sé nada de Gabrielle. Ni un mensaje, ni una llamada... nada. Estoy llegando a hartarme de tanta gilipollez. Si hubiese hecho algo mal, o me hubiese comportado como el gilipollas que era antes, entendería toda esta mierda, pero por ella cambié y aun así la he perdido.

Ary y Evan están siendo un gran apoyo para mí. Vienen a verme casi a diario, aunque solo sea pasar por la oficina para comer juntos o tomarnos una cerveza después del trabajo. No nombran a Gabrielle, simplemente se comportan como si nada hubiese pasado.

Evan ha intentado infinidad de veces hablar con Gabrielle, pero siempre obtiene la huída por respuesta. Ha optado por seguir la estrategia de Ariana: ser un buen amigo para ella.

Creo que entre esos dos se cuece algo. Las veces que hemos salido los tres a cenar, o a tomarnos algo, las miradas ardientes más de una vez estuvieron a punto de prender fuego al local.

El otro día fui a ducharme, y cuando volví al salón ambos respiraban con dificultad, y Ary tenía toda la cara roja, fruto de la barba de tres días de Evan. Espero que mi amigo no sea gilipollas, porque como la cague con ella le voy a dar una paliza de la que se acordará toda su puta vida.

Hoy estoy hasta los cojones de papeleo. La mañana ha sido tranquila, demasiado tranquila. Suelto el bolígrafo en la mesa y me restriego los ojos, que me escuecen de tanto leer.

Un golpe en la puerta me anuncia la llegada de Cristen con mi almuerzo. Hoy voy a comer en el despacho, no tengo ganas de salir fuera.

—Déjalo en la mesa de cristal, Cris, por favor —digo sin mirarla.

—Derek...

La voz de Gabrielle hace que se me corte la respiración y el corazón se salte un latido. Levanto la vista hacia ella... ¡Joder! Está tan pálida... tiene demasiadas ojeras, está demasiado delgada... y yo sigo igual de enamorado de ella.

Me levanto despacio, y me acerco con miedo de que sea una mala pasada de mi mente enamorada. Pero cuando alargo la mano para acariciar su mejilla, siento su piel caliente, su tacto de seda. Su cuerpo se acerca a mí, me abraza, me aprieta contra ella y rompe a llorar.

No soy capaz de abrazarla, la sorpresa me tiene paralizado, solo puedo mirarla. A los pocos segundos se separa de mí y toma asiento en uno de los sofás. Yo me acerco y me siento en el otro sin decir nada, solo mirándola.

—¿No vas a decir nada? —susurra.

—No sé qué decir... ¿Qué haces aquí?

—Bueno, yo... ayer vino a verme tu clienta.

—¿Mi clienta? —pregunto sin comprender.

—Marguerite Simmons.

Me tenso esperando el reproche, pero este no llega. Gabrielle solo se mira las manos, pero no voy a ser yo quien le pregunte qué ocurrió.

—Me dijo que ella siempre te había perseguido —continúa— pero que tú jamás le habías hecho caso.

—Eso ya te lo había dicho yo —le reprocho.

—También me dijo que el día que os sorprendí en el despacho tú estabas completamente borracho, y que ella se aprovechó de eso para besarte. Me dijo que cuando yo salí por la puerta la echaste. ¿Es cierto?

—Sí.

—Me pidió perdón por el daño. Me dijo que estabas loco por mí, y que desde que me conoces has sido incapaz de mirar a ninguna otra mujer. Cuando llegué a casa se lo conté a Ariana y me echó una buena bronca.

No me sorprende en absoluto que Ary lo hiciese. Lo hizo conmigo que no soy su hermano...

—Me contó que os habíais estado viendo durante todo este tiempo —continúa— y que lo estabas pasando muy mal. Que cuando fue a verte por primera vez se asustó.

—Yo también me habría asustado si me hubiese visto con sus ojos. Es una mujer demasiado inocente.

—Derek, yo... Lo siento. Lo siento mucho. Dejé que los miedos decidiesen por mí. Que me pidiesen matrimonio me asustó, y...

—¿Te asustó? ¿Por qué? —ahora sí que no entiendo nada.

—Acababas de recuperar tu vida, y tenía miedo de no ser lo bastante buena para ti.

—No puedes hablar en serio —digo realmente sorprendido— ¿De dónde coño te sacas que no eres lo bastante buena para mí, Gabrielle? ¡Soy yo quien no te merezco! ¡Soy yo quien no merece tenerte en su vida! ¡Pero soy un jodido egoísta y no quiero dejarte marchar nunca! ¿Entiendes?

—Derek...

—¡No! ¿Me oyes? ¡Hace semanas que te llamé y aún estoy esperando que te dignes a llamarme! ¿Crees que yo lo he pasado bien? ¿Crees que para mí ha sido fácil ver cómo mi vida se iba a la mierda otra vez?

—Lo siento —susurra agachando la cabeza.

—En serio, Gabrielle. O confías en mí o ya puedes irte por donde has venido, porque sin confianza esta relación no va a ninguna parte.

Me lo estoy jugando todo a una sola carta, pero mi mente agotada ya no puede más. Gabrielle se levanta y se acerca despacio a mí, como si tuviese miedo de que la alejase. Me muero por tocarla, por tumbarla en la alfombra y hacerle el amor una y otra vez, por recuperar el puto tiempo perdido, pero necesito esa respuesta.

Ella se sienta en mis rodillas, agarra mi cara entre sus manos y susurra muy bajito “Confío en ti” antes de juntar su boca con la mía. Dios... la echaba tanto de menos... su boca es mi droga, ¿acaso no se lo he demostrado lo suficiente?

Le devuelvo el beso despacio, sin apresurarme, saboreando cada latido, cada suspiro que sale de entre sus labios. Cuando rompe el beso, apoya la cabeza en mi hombro y rompe a llorar de nuevo, y yo me desarmo y la abrazo con fuerza.

Permanecemos largo rato así, fundidos el uno en el otro, esperando que amaine la tormenta y nuestras vidas empiecen a volver a la normalidad.

Capítulo 10

Llevo largo rato despierto mirando al techo. Gabrielle duerme a mi lado. Aunque me moría por tocarla, no quería venir a casa con ella. No quería caer en la tentación de volver a hacerle el amor como si nada hubiese pasado, porque no es así.

Su desconfianza casi acaba conmigo. Después de todo lo que hemos vivido juntos últimamente no me esperaba eso de ella. Pero parece que el pasado continúa pasándome factura... Parece que mis actos han conseguido terminar con la confianza que me tuvo alguna vez.

Ella se remueve inquieta y me abraza con fuerza, pero en este momento no soporto que me toque, me ha hecho demasiado daño, así que me levanto de la cama y me preparo un café. Apenas son las cuatro de la madrugada, pero parece que hoy Morfeo no está por la labor.

Me quedo mirando por la ventana las calles, que a pesar de la hora están bastante transitadas. Nueva York nunca duerme... y parece que esta noche yo tampoco.

—Derek... ¿Qué haces levantado? —su dulce voz llega a mis oídos, pero no consigo moverme.

—Vete a la cama, Gabrielle.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien?

—No puedo dormir, eso es todo —miento.

—Derek...

—En un momento voy. Ve a acostarte, hace frío.

Ella agacha la cabeza y vuelve a su habitación. No sé qué me pasa... no consigo olvidar todo lo que ha pasado. Debería volver a la cama y hacerle el amor... pero soy incapaz de tocarla.

Termino mi café y me acerco al dormitorio con paso decidido, pero un sobre encima de la mesa me hace detenerme en seco. Son unos análisis clínicos. Los cojo con cuidado, con miedo a mirarlos, y me dirijo a la habitación.

—¿Qué es esto, Gabrielle?

Ella mira el sobre y retira la mirada avergonzada.

—No es nada importante.

—¿Que no es nada? Yo creo que si te has hecho unos análisis será porque ocurre algo.

—De verdad, Derek... todo está bien.

—Nena... dímelo.

—Creí que estaba embarazada, ¿de acuerdo? Creí que estaba embarazada y fui a hacerme unos análisis para cerciorarme. Pero no lo estoy.

—¿Pensabas decírmelo? Si hubieses estado embarazada, ¿me lo habrías dicho? —sin pretenderlo la furia ha vuelto a mí.

—¡Por supuesto que te lo habría dicho! ¿Qué clase de pregunta es esa, Derek?

—No confías en mí, así que...

—¡Ya te he dicho que lo siento! ¿Qué tengo que hacer para que me creas cuando te digo que confío en ti? Cometí un error, Derek. No creo que seas el más indicado para crucificarme.

Sus palabras impactan en mi parte racional como una bala. Tiene razón. ¿Quién soy yo para culparla si eso es lo mismo que hice yo con ella?

Me tumbo en la cama y la abrazo con fuerza. He sido un estúpido, casi la pierdo otra vez por mi propia estupidez.

—Lo siento, nena. Lo siento.

Ella me abraza y pega su cuerpo al mío. Sobran las palabras... y también la ropa. Gabrielle se saca el camisón por la cabeza y me desnuda deprisa, se sube sobre mí y gatea como una gatita traviesa, restregando sus pechos por mi cuerpo, encendiéndome como solo ella sabe hacer.

—Te quiero, Derek —susurra un segundo antes de meterse mi polla en la boca.

Me arqueo llevado por el placer, y enredo mis manos en su pelo para guiarla, para alargar el momento. Su lengua me vuelve loco, sus labios me aprietan de manera alucinante, y mi polla se endurece por segundos deseando enterrarse en ese coñito que se restriega por mi pierna reclamando atención.

Cuando estoy llegando al punto sin retorno, aparto su boca de mi miembro y la beso con desesperación. Ella gatea por mi cuerpo y me sitúa en su entrada. Con solo alzar las caderas estoy enterrado en ella, sintiendo su calor, sintiéndome de nuevo en casa.

—¡Joder, nena!

Empieza a mover las caderas acompasadamente, adelante y atrás, haciendo que mi polla entre en combustión instantánea. Mis manos vagan por su cuerpo, queriendo tocarlo todo a la vez, pellizcando sus pezones un instante y al instante siguiente buscando su clítoris entre sus rizos.

Ella gime, se retuerce y se convulsiona en un orgasmo que para mí es pura ambrosía. Pero necesito más de ella, necesito sentirme más apretado, así que le doy la vuelta y la tumbo en la cama boca abajo.

—Ahora vas a saber lo que es bueno, gatita salvaje. Has sido muy mala... y ahora me toca serlo a mí.

Le doy un pequeño azote y coloco mi cuerpo sobre el suyo. Con un brazo rodeo su cadera para alzarla lo justo. Entro lentamente dentro de ella, y acaricio suavemente su clítoris en círculos mientras me balanceo despacio... muy despacio en su interior.

Esto sí que es el Nirvana... mis caderas se retuercen, mis embestidas aceleran, y sus manos agarran dos puñados de sábana cuando el orgasmo vuelve a arrasarla. Ahora es mi turno... La pongo de rodillas y comienzo a empotrarme en ella con fuerza, deprisa, con ansia... hasta que el orgasmo me arrasa y caigo sin resuello sobre ella, que se deja caer en la cama.

Despierto una hora después apoyado en su pecho. Las caricias de sus manos en mi pelo son tan relajantes... sonrío por primera vez en semanas. Por fin me siento en calma, en paz conmigo mismo y con ella.

—Yo también te quiero, Gabrielle —susurro antes de quedarme dormido de nuevo.

Capítulo 11

Por fin es viernes. Después de una semana de mierda estaba deseando salir de la oficina para poder perderme con Gabrielle un par de días. Hace ya tres meses que todo ha vuelto a la normalidad entre nosotros. Tres meses en los que he sido completamente feliz.

Hemos hablado mucho sobre lo ocurrido. Hemos dejado el alma al desnudo para que no volvamos a hacernos daño sin pretenderlo. Poco a poco hemos conseguido reconstruir un par de corazones que estaban hechos jirones por culpas de nuestras malas decisiones, y ahora todo va como la seda.

Gabrielle me ha mandado un whatsapp diciendo que en casa me espera una sorpresa. Sí, en casa. Tras días de insistir, la convencí de que la mejor manera de conocernos el uno al otro era viviendo juntos... y en un par de semanas terminamos la mudanza.

Desde entonces todo en mi vida es perfecto, y tengo intención de que siga así mucho tiempo. Lo tengo todo preparado de nuevo. Mañana voy a llevarla a cenar, y cuando volvamos a casa Ary lo tendrá todo listo para que vuelva a pedirle que se case conmigo. Y esta vez me dirá que sí, o voy a atarla a la cama y voy a hacerle el amor hasta que acepte.

—Señor Lambert... debe irse —la voz de Cristen en el intercomunicador me hace sonreír.

—¿Debo irme? ¿Me estás echando?

—Gabrielle me amenazó con despedirme ella personalmente si usted no llega a su casa a tiempo. No pienso arriesgarme.

Tras una carcajada, recojo mis cosas y me marcho. Voy a tener que darle un aumento de sueldo a Cristen, porque aguantar las amenazas de Gaby no debe ser fácil.

Al abrir la puerta de mi apartamento me encuentro con un reguero de velas encendidas que me guían hacia el dormitorio. Mi polla se anima al imaginar lo que nos espera al final del camino, y me dirijo hacia allí desnudándome deprisa.

Pero al llegar al dormitorio solo encuentro una nota sobre la cama.

¿Sorprendido? La sorpresa no te espera en casa, chico sexy. Dirígete a la casa de la playa de Evan.

No te arrepentirás.

Me tiro en la cama en calzoncillos riendo. Será cabrona... ella en la playa y yo medio desnudo y cachondo. Va a pagármelas, señorita Lewis... y lo creo que me las va a pagar.

Me doy una ducha, me pongo unos vaqueros y un jersey de lana y cambio el coche por la moto, ir en dos ruedas es mucho más rápido. Conduzco como alma que lleva el diablo hasta la playa. Necesito llegar, aprisionarla contra una pared y follármela a pelo.

Cuando abro la puerta de la casa, mi libido cae en picado al encontrarme en el salón a Evan y Ary viendo una película mientras comen palomitas.

—Eh... hola chicos. ¿Y Gaby?

—Nos dio un mensaje para ti —dice Evan.

Me quedo mirándolos a la espera de una respuesta, pero ellos vuelven a dirigir su atención a la película. Mi paciencia se está terminando, así que me acerco a ellos y chasqueo los dedos frente a la pantalla.

—¿Pero qué haces? —grita Evan— Quitate del medio, hombre, que nos perdemos el final.

—¿Podéis decirme qué os ha dicho Gabrielle?

—Nos ha dado esto para ti —contesta Ary extendiendo una nota hacia mí.

—Muchas gracias —replico con sorna.

Me acerco a mi habitación y me siento en la cama a leer la dichosa nota. Gabrielle está juguetona... y eso me pone muy... muy cachondo y me exaspera a partes iguales.

Paciencia, chico sexy... aún no está preparado tu premio. Busca en el armario y sigue las instrucciones.

Pronto obtendrás tu regalo.

Abro el armario y busco alguna nota que me dé una pista sobre lo que tengo que hacer. Al final del todo encuentro un traje en el que hay una nota: “vísteme”.

Sonrío imaginándola desnuda escondida en alguna parte, con una nota que diga “cómeme”, como en Alicia en el país de las maravillas. Hago lo que me pide, y en el bolsillo del pantalón encuentro otra nota.

Camina cinco pasos a la izquierda, veinte a la derecha y sesenta al frente. Te estaré esperando.

Mmm... parece la búsqueda de un tesoro... mi tesoro. Comienzo a contar los pasos, que me llevan hacia la pérgola de la playa, que tiene las cortinas corridas y está iluminada por una luz tenue.

Al llegar, me encuentro que la cama ha desaparecido y en su lugar hay una bonita mesa preparada para una cena elegante. Sobre uno de los platos hay otra nota.

Sírvete vino y espérame. Llegaré en unos minutos.

Me reclino en una de las cómodas sillas y sirvo vino en las dos copas. Cuando casi he terminado con la mía, las cortinas se abren y aparece Gabrielle.

Parece un ángel. Lleva un vestido vaporoso blanco similar a una túnica griega. Se ha hecho un recogido en el pelo que deja al descubierto la curva de su cuello, y al andar su pierna derecha queda completamente al descubierto.

Me levanto hipnotizado, me acerco a ella y tomándola de las manos la beso despacio, con miedo de que se evapore en mi imaginación.

—Estás... absolutamente... preciosa —tartamudeo.

—Gracias, cariño. Tú también estás muy guapo. ¿Cenamos?

Aparto su silla para ayudarla a sentarse. Relleno mi copa para brindar con ella, aunque no vuelvo a probar el vino. Necesito estar sobrio para disfrutar de todo lo que tenga preparado para mí.

Poco después aparecen Ary y Evan a traer la comida. Él me mira cómplice, sonrío y me guiña un ojo. ¿Qué coño le pasa ahora?

Cenamos en relativo silencio. Aprovecho cualquier oportunidad para acariciarla, para tocar sus manos, su brazo, su cuello. Me muero de ganas de que termine la cena para poder llevarla a la cama, desnudarla despacio y hacerle el amor.

Pero cuando terminamos con los postres, Gabrielle, mi chica, esa que hizo que cambiara para que fuese un hombre mejor para ella, esa que inunda mi mente, con la que he atesorado recuerdos imborrables, vuelve a sorprenderme arrodillándose frente a mí y sacando la caja de los anillos que tenía guardada en la caja fuerte.

—¿Nena? —pregunto confundido.

—Una vez me llevaste a tu restaurante favorito para pedirme que me casara contigo y decliné la oferta. Esta vez soy yo quien te ha traído a su lugar preferido y te

lo pide a ti. Derek... sé que hemos tenido muchos problemas a lo largo de nuestra relación. Sé que últimamente he sido yo quien no lo ha hecho bien, pero desde que vivimos juntos me he dado cuenta de muchas cosas.

—Pero...

—Déjame terminar, por favor —me interrumpe—. Me he dado cuenta de que me quieres tanto o más que yo a ti. De que eres un hombre honesto, justo, fiel... de que estando contigo soy plenamente feliz, y de que cuando no estamos juntos siento que me ahogo. No quiero estar con nadie que no seas tú, y sé que ahora lo tengo completamente claro, por eso... ¿Quieres casarte conmigo, Derek?

Tengo un nudo en la garganta que me impide hablar, así que me arrodillo frente a ella en la arena y la beso con todo el amor y la pasión que llevo dentro. Sus manos se enredan en mi pelo, las mías en su cintura, y sin apartar mi boca de la suya la levanto en brazos y me encamino con ella hacia la casa.

Cuando llegamos al salón descubro que Evan y Ary han desaparecido. Han encendido la chimenea y han puesto música lenta... todo perfecto para hacer el amor. Pero no pienso arriesgarme a que nos pillen, así que me dirijo a nuestra habitación.

Cuando cierro la puerta le levanto el vestido, le aparto las braguitas y tras abrirme el pantalón la empotro contra la pared... duro y hasta el fondo. La envisto con fuerza, me bebo sus gemidos, y cuando llegamos al orgasmo me dejo caer en el suelo y la abrazo con fuerza, enterrando la cara en su hombro.

—¿Eso es un sí? —dice entre jadeos.

Suelto una carcajada, y ella me acompaña. Me veo reflejado en esos ojos de color caramelo que me vuelven loco. Por fin soy un hombre nuevo... y completamente feliz.

Epílogo

Estoy de los nervios. Doy vueltas en la sala de espera una y otra vez. Ary y Evan me miran divertidos, pero me importa una mierda. Mi mujer está esperando a nuestro primer hijo, y creo que voy a morir en el intento.

Gabrielle y yo nos casamos dos meses después en la capilla del pueblo de la playa, una ceremonia sencilla con pocos invitados: Evan, Ariana, nuestros padres y Cristen... que se ha convertido en amiga, y cómplice, inseparable de Gaby.

Ella decidió ponerse el precioso vestido de corte griego con el que me pidió que me casara con ella... dice que le trajo buena suerte y que no piensa tentar al demonio. De cualquier manera para mí fue la novia más bonita del mundo.

Cuando la vi aparecer por el pasillo de la iglesia casi me da un infarto. Aún no podía creerme que esa preciosa mujer fuese toda mía, y cuando el cura nos declaró marido y mujer la besé con una mezcla de euforia y pasión desconocida para mí.

Lo celebramos en el pequeño restaurante de la bahía, aquel en el que cenamos la primera vez. Parece increíble que después de esas veinticuatro horas mi vida haya cambiado por completo. Jamás pude imaginar que aquella mujer que esperaba un taxi bajo la lluvia fuera la que pusiese mi vida patas arriba... pero doy gracias al cielo por cada minuto que la tengo conmigo.

La noche que me pidió matrimonio hicimos algo maravilloso: engendramos a un precioso bebé. Aún no ha nacido, pero va a ser tan preciosa como su madre. Sí, será una niña. Aunque Gaby quiere un niño.

Le dijimos al médico que no nos dijese el sexo del bebé... y hemos hecho apuestas al respecto. Si es niña... la apuesta la gano yo, y Gabrielle tendrá que ser mi esclava sexual durante un fin de semana entero. Si es niño... no quiero ni pensarlo.

El doctor entra en la sala de espera y me hace señas para que le siga. Llegó la hora, campeón. Vas a ser papá. Tras ponerme la ropa esterilizada, entro al quirófano, donde veo a Gabrielle tumbada en una camilla con las piernas abiertas al máximo y la cara llena de lágrimas y sudor. Estoy de los nervios, pero mi mujer necesita que sea fuerte, y así seré.

En cuanto me ve, extiende su mano hacia mí y me sonríe con ternura.

—Eh... ¿todo bien? —susurro.

—Tu hijo tiene ganas de salir... —gime ante una nueva contracción.

—Mi hija quiere ver lo guapa que es su mamá.

Acaricio su mejilla con ternura, intentando aliviar un poco el dolor que debe estar sufriendo.

Una hora después, y tras incontables sufrimientos por mi parte (¡Joder! Solo de ver la cara de mi mujer es suficiente tortura para mí) sostengo en brazos a Derek Lambert Junior, un niño precioso de tres kilos y medio que ha salido hambriento de la barriga de su mamá.

Me siento tan pequeño... Toda mi vida he pensado que no merecía nada, y ahora lo tengo todo. Mirando esa pequeña manita sujetando mi dedo con fuerza me doy cuenta de todo lo que he conseguido desde que Gabrielle llegó a mi vida. Pongo a nuestro hijo en el pecho de mi mujer, que me mira sonriendo con lágrimas en los ojos.

—Es precioso, nena... absolutamente perfecto.

—Es igual que tú... y es niño. ¡He ganado!

Sonríe ante la ocurrencia. En vez de estar deseando descansar, la bruja de mi mujer quiere guerra.

—¿Y bien? ¿Qué has ganado? —pregunto.

—He ganado... veinticuatro horas de placer.

Tras una carcajada, uno mis labios a los suyos y apoyo la cabeza en la almohada para observar a mi mujer y a mi hijo. Le pedí veinticuatro horas de placer... y a cambio ella me dio una vida.

Fin